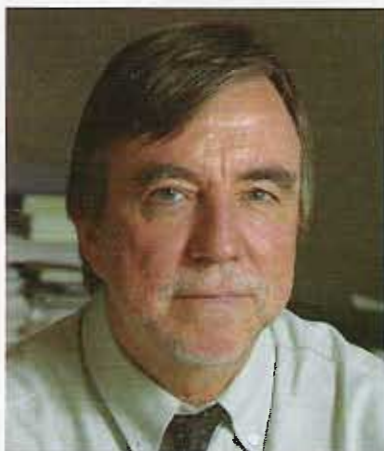


Argentina-Brasil

La hora de la política y la flexibilidad

>Escribe Roberto Russell
(Especial para DEF)



Según el autor, el reaceramiento político entre los dos gobiernos sudamericanos que hoy se registra es producto de la necesidad y también de las lecciones que dejaron los errores cometidos.

En poco menos de dos meses, importantes acontecimientos de naturaleza ambigua han abierto nuevos interrogantes sobre el futuro de las relaciones interestatales en América del Sur. La Comunidad Andina de Naciones, languideciente luego de la salida de Venezuela del bloque en el mes de abril, parece recuperar algo de aire con el anunciado regreso de Chile, ahora en calidad de país asociado, a este grupo de naciones que hoy integran Bolivia, Colombia, Ecuador y Perú.

Según el canciller chileno, Alejandro Foxley, se trata de crear un nuevo bloque regional, de carácter esencialmente comercial, en el que confluirán todos los países de América Latina con intereses sobre el Pacífico, incluidos los centroamericanos y México. Cabe añadir que casi todas estas naciones del «bloque Pacífico» ya tienen o han firmado Tratados de Libre Comercio con Estados Unidos. Por lo tanto, el proyecto procura alcanzar una mayor integración comercial, tanto a las economías del Pacífico como a las de Estados Unidos y Canadá.

En el caso del MERCOSUR, el reciente ingreso de Venezuela al bloque se produce en un momento en que Uruguay logra cada vez más consenso interno para firmar un TLC con Estados Unidos, que

probablemente será continuado por otros acuerdos similares con China, India y otros países. Así, la estrategia bilateral de vinculación internacional «a la chilena» tiene hoy más fuerza en Montevideo que la idea de pertenecer a un bloque cuyos resultados han sido magros para el país y, más importante aún, cuyo valor estratégico se ha puesto en duda. Como si esto fuera poco, el absurdo conflicto con la Argentina por la cuestión de las «papeletras» ayudó a sumar más adeptos, muchos de ellos inesperados, a la causa de la estrategia de comercio bilateral. En este marco, Paraguay ha asumido una actitud de atenta espera para definir la suya. De todos los socios del Mercosur, y con los ojos puestos en su propio espejo, es el que menos reticencia tiene a que Uruguay negocie un TLC con Estados Unidos. En ambos casos, cuestiones prácticas antes que ideológicas explican las posiciones asumidas a favor de esta forma de vinculación comercial con el mundo.

Por el contrario, razones de naturaleza política ligadas al proyecto de poder interno y regional que promueve Hugo Chávez dan cuenta, en primer lugar, de la movida venezolana hacia el sur del continente. Las ventajas en materia energética que aportaría Venezuela al Mercosur -y que, dicho sea de paso, no hacía falta para ello su incorporación plena al mismo- se ensombrecen frente a los pro-

> El autor es Director de la Maestría en Estudios Internacionales de la Universidad Torcuato Di Tella

blemas que sumará al bloque un país con débiles credenciales democráticas, una política exterior estructurada en ejes no compartidos por el resto de sus miembros y una política de defensa que dificultará avanzar en la seguridad colectiva y cooperativa regional.

Reacercamiento político

Esta incompleta enumeración de acontecimientos, en buena medida vertiginosos y que aparenta no tener fin, suele velar un hecho también reciente de enorme importancia para América del Sur: el reacercamiento político entre los gobiernos de la Argentina y Brasil, luego de un largo período de desconfianza, malos entendidos y torpezas de ambos lados. Esta situación es producto, en primer término, de la necesidad y, en segundo lugar, de un cierto aprendizaje que se nutre de los errores cometidos.

En efecto, los numerosos problemas de la región han hecho más claros para los gobiernos de la Argentina y Brasil sus intereses y aversiones comunes, en una etapa de la historia de los dos países en la que los proyectos nacionales se definen fundamentalmente en clave de integración regional. Al mismo tiempo, estos intereses y aversiones han revalorizado en cada una de sus capitales el lugar del «otro» en su política exterior y, con ello, el papel que la Argentina y Brasil, junto a Chile, pueden desempeñar en defensa de la democracia, la paz y la estabilidad de América del Sur.

Por otra parte, se aprecia una mayor cuota de realismo y una mayor voluntad en ambos lados para hacer frente a algunos problemas serios que han paralizado al Mercosur, particularmente en lo que hace al tratamiento de las asimetrías y la construcción institucional. En los últimos meses, las autoridades brasileñas se han mostrado más dispuestas a reconocer, aun en público, sus desaciertos de política exterior en la región (por ejemplo, predominio de actitudes unilaterales, rechazo sistemático a ceder espacios de soberanía o desdén por los intereses de los otros socios). También parecen decididas a pagar los costos lógicos que un proceso de integración requiere a sus

socios mayores y a aceptar que no hay espacios en la región para un liderazgo unilateral. Por su parte, el gobierno de Kirchner ha reconocido explícitamente a Brasil como su principal aliado e interlocutor en América del Sur al tiempo que parece haber dejado atrás no sólo sus frecuentes exabruptos, sino también una lógica de acción política más centrada en obstaculizar objetivos brasileños que en construir una relación de verdadera amistad.

Por cierto, el reacercamiento apuntado constituye simplemente una condición de posibilidad para poner en práctica una estrategia bilateral de cooperación efectiva, tanto dentro como fuera de la región. Está todavía por verse si ambos gobiernos, con una alta probabilidad de ser reelegidos en las próximas elecciones presidenciales en cada país, son capaces de elevar en forma recíproca el nivel de confianza mutua y, además, si están dispuestos a ajustar sus políticas a las preferencias y necesidades del otro y del resto de los socios. Ambas cosas son la base de todo programa de cooperación interestatal de largo plazo. Asimismo, la Argentina y Brasil deben tener suficiente

trucción intelectual (no desprovista de intenciones e ideologías políticas) de ejes diversos y opuestos entre países, en general de corta vida, todos vivimos en un mismo barrio del que no hay cómo mudarse. Y, por consiguiente, en una situación de interdependencia estratégica creciente que demanda más y mejores políticas. Para ponerlo en pocas palabras, una circunstancia en la que las crisis y conflictos en un lugar de América del Sur tienden a derramarse sobre el resto. Esta situación, precisamente, es la que ha contribuido a dar nueva vida -y creo que lo hará por mucho tiempo- al único eje político existente en América del Sur: el que forman la Argentina y Brasil, al que es preciso sumar a Chile. Sobre este último punto, Alberto Van Klaveren, subsecretario de Relaciones Exteriores de Chile, señaló recientemente que su país "no dejará de lado el Mercosur, en especial sus instancias de participación política".

De nuevo, la recuperación de este eje no asegura la cooperación pero es una condición necesaria para su realización. Es básico para la supervivencia del Mercosur y, más importante aun, para la indispen-



Kirchner ha reconocido explícitamente a Brasil como su principal aliado e interlocutor en América del Sur

flexibilidad para buscar formas de compatibilizar en el seno del Mercosur y con los países asociados los intereses nacionales divergentes. Ellos resultan en primer lugar de la estructura y tamaño diferentes de sus economías y no especialmente de una voluntad de ruptura, aunque no puede desconocerse que esta última ha encontrado con qué alimentarse en los tiempos recientes. En breve, la hora impondrá evitar confrontaciones inútiles en nombre de una lógica política ya superada que va a contramano de intereses nacionales legítimos y concretos. La desatención, tal como se hizo hasta aquí, de la lógica de los negocios profundizará nuestras diferencias y, aun peor, terminará vaciando al Mercosur de todo sentido estratégico.

Además, y a pesar de la incesante cons-

sable reconfiguración de su identidad -un tema que recién está despuntando- sobre una nueva base de intereses comunes. Es igualmente decisivo, junto a Chile, para mantener la vocación democrática original del bloque y preservar la paz y la estabilidad en América del Sur. Finalmente, es clave para contrarrestar el potencial desestabilizador de Venezuela en un momento en el que los vínculos de este país con Cuba pueden comenzar a debilitarse. Los dirigentes de línea dura que tomarán la conducción del país luego de la muerte de Fidel Castro parecen más dispuestos a seguir el modelo de Vietnam que a someterse a un proyecto bolivariano que en la intimidad no comparten y que sellaría su suerte a la de Hugo Chávez.